

de la historia antigua y moderna de *Ambéres*, salimos á lo que se llama *faire un tour* por la ciudad.

Las manos cortadas. Por signo de mal agüero tuvo Tirabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas encima. — Señor, me dijo, sería de parecer que nos detuviéramos poco en este pueblo, porque tengo para mí que hemos de estar entre gente de malas mañas. Yo también extrañé la singularidad de semejante blason, y sobre su significado pedí explicaciones al *commissionnaire* el cual me satisfizo diciendo :

« Señores, es tradicion muy acreditada en el país que allá en tiempos antiguos vivia á las orillas del Escalda un monstruoso gigante que con una cadena de hierro tendida de uno á otro margen del rio aprisionaba á cuantos al pasar se negaban á pagarle un tributo, les cortaba las manos, y en seguida los arrojaba al rio. De aquí se cree se derivó el nombre de *Han-Werpen*, como se llamaba ántes la ciudad, que quiere decir en flamenco *mano arrojada*. De aquí el haber adoptado la ciudad las armas que Vds. están viendo, y de aquí también la costumbre, que de tiempo inmemorial se conserva, de pasear por la ciudad en las procesiones solemnes al gigante *Antígono*, arrastrando en pos de sí algunos cautivos con las manos cortadas. » — ¿Y hay algun valenton en el pueblo que se atreva á sujetar al gigante, y aun á cargar con él teniendo tan mal genio? — Es en estatua como se lleva, Sr. Tirabeque. — Eso es otra cosa ; pero de todos modos parece que las fechorías que Vd. nos cuenta del Sr. Gigante no eran méritos para tantos honores (1).

Vicisitudes. Con este motivo pedí á nuestro *Mr. Henry*, que así se llamaba el *commissionnaire*, noticias históricas acerca de la ciudad ; y con un desparpajo, que ya picaba en relacion de carretilla, me la traspasó en dos paletas del dominio de los romanos al de los lombardos, de estos á los francos, de los francos á los loreneses, de los loreneses á los condes de Flándes, de estos á los monarcas españoles, y de aquí á los alemanes, franceses, holandeses y belgas. En cuyas vicisitudes percibí que jugaban los nombres de Godofredo de Boullon, de Carlos V y Felipe II, del duque de Parma y el de Malborough, y que nombrada sitios y asaltos, guerras de religion, incendios y degüellos, el tratado de la *Barrera*, la paz de *Aquisgran*, la

(1) Otros opinan que la etimología de *Ambéres* viene de *Aend-werp*, que significa *delante del rio*. En materia de etimologías siempre ha habido *libertad de imprenta*.

capitulacion francesa, el tratado de la *Haya*, y sobre todo las sangrientas escenas y horrorosas mortandades que decia haber causado las tropas españolas en sus diferentes asaltos y ocupaciones ; lo cual movió á Tirabeque á interrumpirle, diciendo : — Sí, sí, cargue Vd. ahí la mano, señor comisionista, que como les manden á Vds. quitar el pellejo á los españoles..... — ¡ Oh ! perdon ! yo no hago sino contar lo que he leído en la historia. — Lo creo muy bien, pero las historias de Vds. en llegando al punto de los españoles, ya saben aumentar hasta veinte los excesos que podrian ser como tres ; sí, sí, hacen Vds. bien, aquí que no peco.

Poblacion y figura. La poblacion de *Ambéres* en el dia, será de unas 80,000 almas : su figura es la de un arco extendido cuya cuerda la forma el *Escalda*, que tiene delante de la ciudad 180 varas de ancho por 15 de profundidad, y que internándose hasta el corazon del pueblo, permite la entrada de buques de alto bordo hasta sus mismos plazas, estacionándose en el *grand bassin* puerto, estanque ó bahía mandado construir por Napoleon.

Aunque distante todavía el Escalda 17 leguas de la embocadura del mar, su anchura y profundidad le hace navegable hasta de los grandes navios, y convierte á *Ambéres* en un verdadero puerto de mar, que es á lo que debe su importancia y prosperidad mercantil en medio de las guerras, y de las plagas, y de las vicisitudes y trastornos que casi sin interrupcion la han trabajado. Y en todos tiempos el rico comerciante de *Ambéres* ha hecho su correspondiente peso en las Bolsas de Europa, y en ningun tiempo ha dejado de hacer un papel muy principal en las comedias *la hija del rico comerciante de Ambéres*.

Las calles son generalmente anchas, alineadas y limpias ; y el rio, y los canales, y las murallas, y la ciudadela la hacen tan fuerte como veremos despues.

Recuerdos españoles.

No dábamos un paso por *Ambéres* sin que Tirabeque hiciera una exclamacion de sorpresa y alegría : — Señor, señor, mire Vd. una casa como las de España. — ¡ Oh ! sí, reponia en tono decisivo y magistrado *Mr. Henry* ; aquí hay muchas casas y muchos edificios á la española : ved, todas estas son de la época y del gusto de los españoles (y señalaba precisamente á aquellas cuyas fachadas de ladrillo terminan en punta cortada en picos á mane-

ra de escalones, haciendo una especie de feston que se eleva á bastante altura de los tejados, y de cuya forma hay muchas en toda la Bélgica). — Perdone Vd., *Mr. Henry*, le repliqué yo; en esto padece Vd. un error grave, y le padecen Vds. todos los belgas, incluso los historiadores y los autores de Guias. Estoy cansado de oír decirme en todas partes, señalándome las casas de esta figura: « he ahí el gusto arquitectónico que se conserva todavía de los españoles; » porque ha de saber Vd. y todos los belgas, que nunca los españoles hemos edificado por este estilo; que las casas de fisonomía propiamente española son estas de puerta de arco, de rejas bajas y salientes, de escudos de armas y empresas nobiliarias con inscripciones latinas, etc.

— Sí, señor, interrumpió Tirabeque; tiene razon el amo; y Vds. cuando hablan de España dan por las paredes; ó por mejor decir, ni aun por las paredes saben Vds. dar, porque las paredes españolas son estas de mampostería con estos nichos para colocar un santico, y con estas celosías, que pareceme estar viendo á un canónigo de Toledo ó de Valladolid salir por esta puerta; y tambien estos balconillos de madera, que ¡cuántas veces he visto al alma del cura de mi lugar asomada á un balconcito como este! Y aun el amo se acordará acaso mejor que yo que la casa del mayorazgo de Campázas era al símil de la que se ve allí en aquel rincón, con su mirador y todo como aquella.

El guía callaba como un muerto; y así fuimos andando, y coitejando entré nosotros el sabor á españolismo antiguo de aquellas casas con el gusto y elegancia moderna de las de la inmensa mayoría de la población, hasta llegar al *gran puerto* de Napoleon, precisamente tan á tiempo, que se estaba haciendo el desembarque de una gran porción de cajas de pasas de Málaga aportadas por un bergantín mercante holandés. Extraordinaria fué la alegría de Tirabeque al encontrarse con aquella mercancía nacional. — Señor, ¿cómo había yo de pensar en hallar aquí *recuerdos de Málaga*? Y se empeñaba en hacer la recomendación mas brillante del género á cuantos por allí cogía á la mano. — ¿Á que entre todos los frutos del país (añadía) no tienen Vds. uno que le llegue á este ni de cien leguas?

Pero toda esta satisfacción se le convirtió subitamente en cambio de ánimo, cuando oyó decir á *Mr. Henry*: — ¿veis esta soberbia obra, este magnífico puerto interior? Pues esto lo hizo Napoleon con operarios de los prisioneros españoles. — Ya sé, le repliqué yo, que Vds. acostumbran á emitir esta idea, pero es

tan equivocada y tan falsa como la de las casas en punta. — Así, así, mi amo, salga Vd. á los alcances á esta gente, que si no, en todo cargan el mochuelo á los españoles.

Por lo demás es verdaderamente admirable la obra del puerto interior de *Ambéres*. Napoleon, el verdadero *Gigante Antigono* que allí se ha conocido, concibió el atrevido pensamiento de hacer en medio de las calles de *Ambéres* un gran puerto interior para la marina militar, á mas del exterior para la marina mercante. Comerciantes, ingenieros, generales, todos intentaron disuadirle del proyecto, pintándose como impracticable ó temerario. Pero á Napoleon nada le convencia y nada le arredraba. Por último recurso el conde Decrés le hizo la reflexión de que, si por un acaso posible, aunque poco probable, la Bélgica se desmembraba algun día de la Francia, fuera una lástima consumir tan cuantiosas sumas, como eran indispensables, para la construcción de un puerto enemigo. Entónces fué cuando Napoleon soltó aquellas célebres palabras: « *La Bélgica no puede pertencer nunca sino á un enemigo de los ingleses.* » Esto le bastaba.

Napoleon lo había resuelto, y el puerto se hizo; porque Napoleon era hombre de *dixit et facta sunt*. Al año se botaron ya al agua cuatro corbetas de guerra. En 1803 los amberinos no tenían un buque propio: en 1807 diez navíos de línea se estaban construyendo en *Ambéres*: en 1813 se habían botado al agua 30 navíos, uno de tres puentes y de 120 cañones, dos de 80, los demás de 74, y tres fragatas de guerra.

Allí tuvimos el gusto de ver y aun de visitar la hermosa fragata-vapor de guerra BRITISH-QUEEN, que el gobierno belga compró á los ingleses el año pasado, y cuya compra tan acalorados debates suscitó despues en las Cámaras.

La ciudadela.

No sé si habrá español, y aun europeo de edad de entrar en quinta, en cuyo timpano no haya sonado alguna vez el nombre de la *Ciudadela de Ambéres*, desde los sucesos militares holando-franco-belgas de 1832. Por mi parte confieso que no veía llegado el momento de visitar la ciudadela de Ambéres, y en consecuencia fué de lo primero que traté tan luego como me vi en aquella ciudad. Las diligencias del permiso, el regular paseo que la separa de la población, todo se anduvo sin pereza, y poco tardámos en

estar á la vista del centinela, que era un flamenco mas cerrado que la ciudadela misma.

La de Ambéres, como casi todas las ciudades, consiste en un recinto formado por cinco frentes de fortificaciones, ó sea un pentágono regular, cuyos dos lados miran al campo, otro al Escalda, otro á la ciudad, y otro á los fuertes de esta que está destinado á proteger. Sepárala del rio un pequeño dique con una esclusa que facilita la introduccion de sus aguas en los fosos : otras dos esclusas construidas de cada lado de la plaza de armas proporcionan hacer salir á entrar el agua en la direccion que se quiera, y por este medio se puede mantener en el foso una corriente viva, honda é inagotable.

Fundóla el famoso duque de Alba *Don Fernando Álvarez de Toledo* en 1568, para mantener siempre en respeto á los indómitos amberinos. Y es curioso para un español encontrar todavía los baluartes señalados y conocidos con nombres españoles, pues el bastion número 1º se llama el bastion HERNANDO (este es el que mira á la esplanada de la ciudadela) : el número 2º el bastion de TOLEDO : el 3º el bastion PACIOTTO (nombre del ingeniero director) : el 4º el bastion de ALBA ; y el 5º el bastion del DUQUE.

Yo hubiera deseado tener allí los periódicos del año 32, ó bien la obra titulada *Descripcion histórica y topográfica de Ambéres*, para enterarme sobre el terreno de todas las circunstancias de aquel memorable sitio. Pero afortunadamente tropecé con un oficial de la plaza, tan instruido como atento, que se ofreció á guiarme é informarme de todo : y he aquí el resumen de nuestra conversacion.

« Vos sabréis, me dijo, que los belgas en la revolucion del año 30 nos apoderámos de la ciudad ocupada por los holandeses, que desde el año 15 dominaban el país. — En efecto, y tambien sé que las tropas holandesas al mando del general *Chassé* se refugiaron á la ciudadela. — Pues bien, cada ejército se fortificó cuanto pudo en su respectiva posicion ; la ciudad hubiera podido ser hostilizada y ofendida, pero no tomada, porque nosotros la llegámos á coronar con 400 piezas de cañon. En este estado de mutuo respeto permanecieron las cosas hasta el año 32, en que los gabinetes de Paris y Lóndres acordaron arrojar de la ciudadela á los holandeses á viva fuerza. Á consecuencia de esta resolucion, fué cuando el 28 de Noviembre del mismo año ocupó la ciudad un ejército frances de 63,000 hombres á las órdenes del mariscal *Gérard*,

y hallándose á las cabezas de sus divisiones los duques de *Orleans* y de *Nemours*.

» Los franceses (continuó) emprendieron los trabajos de aproximacion contra la ciudadela en medio de un horroroso temporal de lluvias. Otra lluvia de fuego los estuvo acosando desde el 30 á la média noche, dirigida de la ciudadela. Luchando contra estas dos lluvias, continuaban los franceses en silencio sus trabajos. Hasta que el 4 de Diciembre rompieron estos por su parte el fuego ; fuego que duró por espacio de 19 dias con tan horrible vigor, que hombres y edificios se veian acribillados á balazos ; el peso de las bombas aplanaba ya el piso de las plataformas ; reparad, aun se nota el piso hundido en algunos puntos. — ¿ Pero está seguro, señor oficial ? le preguntó Tirabeque. — No tengas cuidado, le respondí, que no te hundes. Y deja á este caballero que prosiga.

» El dia 22 (prosiguió) todas las baterias francesas y belgas, junto con las lanchas cañoneras que enfilaban á los fuertes, todas jugaban á un tiempo haciendo un fuego tan horroroso, que se calcula en 20,000 bombas las que arrojaron á la ciudadela, y en 54,000 ademas los disparos de cañon : ni un edificio les quedaba ya en pié á los sitiados en que albergarse, ni un palmo de terreno en la plaza que no estuviese cubierto de proyectiles ; sin víveres, sin medios de defensa, fatigada, exánime, mutilada la guarnicion, asaltada la luneta de San Lorenzo, sin esperanza de socorro.... al tiempo que los franceses iban á dar el asalto general al siguiente dia 23, se enarboló la bandera de capitulacion, y dos oficiales holandeses se presentaron como parlamentarios en el campo frances.

» Así terminó aquella breve pero sangrienta campaña : el 24 entregó las armas la guarnicion en número de 5,000 hombres ; posesionáronse de la ciudadela los franceses, y el 31 la entregaron á los belgas, llevando ellos á Paris las banderas holandesas en testimonio de su conquista. — Recuerdo varias de esas circunstancias, le dije, y tambien algunas escenas sublimes que entre los valientes de una y otra parte tuvieron lugar. Por ejemplo, la del oficial que al tiempo de entregar la espada al vencedor, hizo ademan de romperla con desesperacion, y á quien dijo el oficial frances : « tened ; ¡ sé que sois un valiente y merecéis conservarla ! » ¡ La tierna escena entre los generales *Gérard* y *Chassé* ! ¡ Ah ! ellos eran dos bravos guerreros ! El general *Chassé* habia hecho la guerra en España. — Señor, exclamó súbitamente Tirabeque, eso ya

se me figuraba á mí. Cuando les he oído á Vds. contar esas cosas, estaba yo diciendo: «ese general tan valiente por fuerza estuvo en España: ¡sobre que yo no sé qué tiene aquella tierra!...» (1)

Temiendo á Tirabeque si le dejaba proseguir, me despedí del atento oficial dándole las gracias por su amabilidad, y salimos de la ciudadela, no sin volver la vista muchas veces, como quien no se ha saciado de ver aquellos al parecer inexpugnables baluartes.

La catedral y sus adherentés.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebatado nuestras miradas desde léjos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una jóven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza á las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbia continente, así corríamos nosotros avivados de la curiosidad de contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de léjos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Ambéres; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas, pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amelio sobrepujó en una obra de piedras á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lápiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada ménos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrino de bautismo fué el emperador Carlos V. Diez y seis años hacia que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra: esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posicion supina, se le envaró y entumeció el cuello en tales términos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin experimen-

(1) El general Chassé era vulgarmente conocido por el *general Bayoneta*, en razon á lo aficionado y á lo inteligente y temible que era en las cargas de esta arma. Se halló en las batallas de Talavera, de Ocaña, y en casi todas las mas reñidas, distinguiéndose siempre por su valor y serenidad.

tar fuertes y agudos dolores en el cerebello y en los cartilagos del gargüero y de la traquiarteria.

— ¿Quiéren Vds. ver, nos preguntó *Mr. Henry*, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean Vds. al pié de la torre el epitafio de *Quintin Metsys*, y el verso latino que le sigue:

«*Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem.*»

— ¿Y qué quiere decir eso, mi amo? me preguntó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no lo entiendo muy bien. — Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apéles; esto es, un insigne pintor. — En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa jóven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion, abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor. — Hizo grandemente el señor *Quintin*, replicó Tirabeque; conoció que miéntras fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser *machacar en hierro frio*, y tomó otro rumbo.

Entrámos pues en aquel suntuoso y magnífico templo: nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. — En toda esta longitud, nos dijo *Mr. Henry*, habia 32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas: contábanse 100 candelabros y 4 ante-altares de plata maciza; todo desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de Robespierre. ¿Veis el altar mayor, que es de mármol? Pues podéis comprarle si gustáis, porque está de venta. — ¿Cómo de venta! ¿Pues tan pobre está la catedral que necesita enajenar á precio de dinero sus altares? — Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

«Pero nada de esto reparéis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebres de los artistas del país, el *Descendimiento de RUBENS*.»

Dirigióse *Mr. Henry* hácia la sacristía, y á los dos minutos vol-